

ponen á la familia Durán y que por lo tanto tambien se dirigen ami.

Doy fin á la carta dándole las gracias el emfermero criado del crucificado Mosen Cinto Verdaguer y B. S. M.

JOSÉ TARRADAS Y ROS

En 12 Diciembre 1902.

## EN DEFENSA PROPIA <sup>(1)</sup>

### COMUNICADO

Señor Director de *El Noticiero Universal*:

J. M. J.

Allá por el mes de mayo del año 1893, después de los Juegos Florales, alejésemme traidoramente de Barcelona, con con la tácita nota de loco, so pretexto de que pasara dos meses en el campo para restablecer mi salud, que, á Dios gracias, no lo necesitaba. Aunque no contento, fuíme resignado. Los dos meses se han convertido en dos años, durante los que permanecí pacientemente, lejos de bibliotecas en que poder consultar, apartado de mis editores, de mis libros y hasta de mis propios manuscritos.

En uso de mi derecho y libertad, he venido á Barcelona para arreglar mis asuntos y poner término á mi desesperada situación, y en dos ocasiones he visto fuerza pública en mi propia morada para prenderme como á un delincuente. Gracias á la Virgen María, que no me abandona en mis tribulaciones, no se me ha visto por estas calles entre agentes de la autoridad. Por si hubiera de suceder, mañana ú otro día, contra la voluntad expresa del señor Gobernador, á quien estoy muy agradecido, ahora, mientras es tiempo, pido justicia y protesto ante la ley, ante la gente honrada de Barcelona que me conoce, ante cielo y tierra, y ante el mismo Dios que ha de juzgarnos á todos, de la iniquidad de que es víctima, ignoro con qué fin, este pobre sacerdote.—  
*Jacinto Verdaguer, Pbro.*

(1) Artículos publicados por Verdaguer en 1895, coleccionados y traducidos al español por D. Juan Moles.

## UN SACERDOTE CALUMNIADO

J. M. J.

### I

Contra mi voluntad, y con gran pena de mi corazón, cual jamás la haya sentido, Dios la sabe, tomo de nuevo la pluma en demanda de justicia á las personas de buen corazón y recto juicio.

El día 17 del finido mes de junio dí cuenta al público de mi triste situación en un comunicado que conoció Cataluña entera. En él, callando, con caritativo propósito, nombres de lugares y de personas, lamentábame de las oprobiosas agresiones de que era víctima por el delito de seguir aquél consejo del propio Jesucristo: *Cuando os persigan en esta ciudad, huid á otra*. Las tentativas se repitieron hasta el 14 de julio, haciéndome seguir y perseguir, hasta en el templo del Señor, por gente mal intencionada, poniendo á mi paso lazos y zancadillas en busca de un tropiezo, con el cual tener, si no un motivo, una ocasión de prenderme y llevarme á Vich. Y ¿qué canongía se me reserva allí, cuando quieren conducirme, por no decir arrastrarme, con tanta pertinacia, de prisa y corriendo, antes de que las gentes me vean bueno y sano, y á la luz de la verdad se descubra la infamia? Es para encerrarme en aquel Asilo, que sirve también de manicomio. Con fin tan poco cristiano, y por dos veces, se ha intentado reunir varios médicos y arrancarles un dictamen declarándome alienado; pero, en honra de la clase sea dicho, no ha habido quien se preste á secundar el plan. El ideal de los que quieren mi reclusión es sencillamente aislarme de las personas que me quieren bien, de los escritores amigos y de la prensa que, habiéndose fijado en mi triste asunto, se me muestran caritativos y benévolos; y, sobre todo, porque solo, allí dentro, ante la realidad horrible de verme preso sin ser delincuente, me confunda, se ofusque mi entendi-

miento y queden justificadas las violencias, sabidas é ignoradas, pudiendo decir á mis defensores:—Véase ahora si era de razón recluirlo.

No he tenido la obediencia de Isaac, entregándome, atado de brazos, á un sacrificio inútil; porque en aquel caso la voz divina lo aconsejaba, y en el presente la voz de Dios, ó la de la conciencia, que es lo mismo, me impide obedecer. No, muy al contrario: antes de entrar donde se pretende y de dejarme enterrar en vida, firmaré mi sentencia de muerte.

Pues ahora, viendo que por no prestarme al sacrificio se me castiga retirándome las licencias de celebrar la santa misa, único consuelo que en este valle de miserias tenía; viendo que mis perseguidores son altos y poderosos, que tienen todas las influencias, sobre todo la del oro, bajo las cuales este humilde sacerdote podría quedar aplastado como un grano de trigo por la muela; no quedándome otro camino, yo mismo voy á defenderme, con la ayuda de Dios, descorriendo el velo y revelando, con toda su desnudez, este misterio de iniquidad.

Contaré breve y respetuosamente mi entrada, mi permanencia y sobre todo mi salida de la casa del mal aconsejado señor Marqués de Comillas; de aquella casa donde, en premio de haberles dedicado, con la lozanía de mi juventud, el poema *La Atlántida*, flor de mi existencia, al verme viejo se me echa, como á un perro, de un puntapié. A un perro no se le destierra, pero se le hace cosa peor: se dice que está hidrófobo: *Si quieres mal á un perro, dí que es rabioso (si vols mal a un gos, digas qu'és rabiós)*. Inspirándose en este adagio, hiciéronme una y otra cosa, lanzándome á diez y seis horas de distancia, para que no contaminara la casa ni sirviera de estorbo á los devotos que la rodean con la boca abierta, injuriado, calumniado, en la miseria, con las deudas naturales [después de tantos años de ejercer el cargo de limosnero, y, por último, *adornado* con la nota que no es del caso repetir, á fin de inutilizarme para toda la vida, como si oprimir y pisotear á un pobre, máxime si este pobre es ministro de Dios, no fuese un pecado contra el Espíritu Santo.

Relataré mi estancia en el Santuario de la Virgen de La Gleva, única estrella que aparecía sonriente en medio de mi larga y negra tormenta. Explicaré punto por punto (*fil per randa*) las tentativas de prenderme, las traiciones de personas estimadas, mi *pasión*, en la que, como en la del buen Jesús, no faltan acusadores, sobre todo de los que tiran la piedra y esconden la mano; testigos falsos, sacerdotes, escribas y fariseos; Pilatos que se lavan las manos después de condenarme; amigos que juegan el papel de Judas y parientes que desempeñan el de Caín. Levantaré á algunos la hipócrita careta; mostraré los móviles bajos y viles, la envidia, el odio, el interés, mala lengua y depravado corazón de unos y otros; y, finalmente, las pasiones que alientan la urdimbre de la negra trama de mi destierro y persecución.

Más que á la justicia humana, que para los pobres existe raras veces, encomiendo mi causa á la misericordia de Dios, al que elevo mi plegaria en súplica de que ampare á mis perseguidores y les trueque en bien el mal que á mí me causan.

Conste que, por mucha que sea mi necesidad, nada pido, sino el derecho que hasta los pájaros tienen á vivir y á cantar desde una rama las alabanzas de Dios.

## II

J. M. J.

Antes que limosnero de la casa López, fui dos años capellán de uno de sus vapores trasatlánticos, cuyas colocaciones debí al actual señor Marqués de Comillas, contribuyendo á la concesión de la primera su hermano D. Antonio López y Brú, que de gloria goce. Hábfame recomendado á dichos señores, y me acompañó á su presencia, el Dr. Estalella, hoy dignísimo obispo de Teruel, y tres semanas después, creo que en 12 de diciembre de 1874, me embarcaba para Cádiz, donde debía *enrolarme* en el vapor *Guipúzcoa*, al que iba destinado. Poco rato antes de levar anclas, la tarde de la sa-

lida, tuve el placer de saludar sobre cubierta á los dos hijos del Marqués, que se hallaban en Cádiz. Al mayor no le he visto más; á D. Claudio volví á verle en Cádiz después de una temporada, y su presencia sirvióme de gran consuelo. Hábfame embarcado por enfermo, y aumentaba mi dolencia la añoranza de Cataluña y el gran sentimiento que en mí producía no oír más que de vez en cuando su lenguaje, pues cabíanme en suerte compañeros de tripulación vizcaínos, gallegos ó andaluces, con los que, á pesar de la amistad, huelga decir que no me era dable hablar de poesía catalana, fuente de mis placeres y alegrías desde mi infancia, después de Dios, de mis padres y hermanos. Una mañana, apenas llegado D. Claudio al vapor, después de cumplimentar al capitán y á los oficiales, dirigióse á mí afectuosamente, y, separándome del grupo de mis compañeros, me preguntó si escribía mucho, indicando que le leyera algo. Leíle alguna de mis pobres inspiraciones y le regalé mi *Jesús als pecadors* y la *Batalla de Lepant*, que tenía impresas.

Dos años trascurrieron yendo de España á Cuba y de Cuba á España en el vapor *Guipúzcoa*, cual lanzadera de un lado á otro del ancho y grandioso telar. Después de dos años de refocilarme (*rabejarme*) en la gran piscina del Creador, reforzada mi salud, sentí deseos de abandonar el mar, al que, en lucha peligrosa y terrible, acababa de arrancar el poema *La Atlántida*. Una circunstancia, triste y penosa para mí, facilitó la ejecución de mi plan. D. Antonio López perdió á su hijo mayor, y á instancias del segundo, D. Claudio, fui propuesto para celebrar en su casa diariamente la santa misa en sufragio del alma de aquél. Vine de Cádiz en el vapor *Ciudad Condal*, y próximamente en 25 de noviembre de 1876 tomé posesión de mi capellanía.

En prenda de mi gratitud dediqué al Marqués de Comillas el poema de *La Atlántida*, fresco y salobre todavía, que fue premiado en los próximos Juegos Florales.

III

J. M. J.

El Marqués de Comillas acababa de sentir el primer vaivén en el camino de la vida. Hasta entonces había navegado en todos los mares viento en popa, cual hijo predilecto de la fortuna. Casado con una señora de buena familia, virtuosa y rica; padre de dos hijos y dos hijas, que, sanos de cuerpo y alma, vivían á su alrededor; señor de una gran fortuna, que engrosaba cual río en tiempo de lluvias; dotado de un ánimo que aumentaba ante el peligro, avisado para el conocimiento de personas, y de un manejo extraordinario en los negocios, nada se oponía al paso de su carro triunfal; jamás sepulcro alguno recordábale la muerte en el camino de la vida.

La pérdida de su hijo mayor le afligió y causó trastorno, y, deseoso de soledad, fué á pasar un par de meses cerca de Pedralbes, en la quinta de su yerno D. Eusebio Güell. Allí, en tan tristes circunstancias, fué presentado á ambas familias, entre las que íntimamente ligado debía vivir tantos años.

Cuando el lobo ha catado un rebaño y saboreado la carne del corderillo, no tarda en aparecer de nuevo: lo propio hace, á veces, la muerte en una familia. Cuando entró en casa del marqués, para llevarse al heredero, no debió salir de ella, sino que oculta tras la puerta quedaría para hacer nueva presa, tocando esta vez en turno á la mayor de las hijas, D.<sup>a</sup> María Luisa, pocos meses después de su matrimonio. Fueron éstos, golpes terribles para la familia toda: prepararon, humanamente hablando, la muerte del padre, y minaron la salud de D. Claudio, que, fuerte y robusta, iba decayendo por lenta tisis. Prescribiéronle los médicos las aguas de La Presta, y de entre sus numerosos amigos y compañeros escogíome para acompañarle, en dos veranos seguidos. Allí, mientras él se entretenía dibujando destartaladas casuchas, robles y peñascales, yo á su lado escribía *La Barretina*, que es sencillamente la historia de un hombre de Prats

de Molló que, habiendo, en su juventud, ido á Olot á aprender la manera de fabricar barretinas, y habiéndose establecido en el Vallespir, tuvo que retirarse por falta de trabajo, siendo entonces bañero de La Presta. Desde allí volé por vez primera á las cimas del Canigó, concibiendo y dando principio á la leyenda pirenaica de aquel nombre. Al ir ó al volver de los baños, acompañábale á Comillas, donde le aguardaba su familia; á Montpellier, á consultar á un médico de la tierra, ó á Lourdes, á visitar á la celestial doctora.

Casóse, y en su nuevo estado no sufrió en lo más mínimo nuestra buena amistad. Entonces no le acompañaba, como es natural, en sus viajes, pero vivía casi siempre cerca de él en Barcelona, en Comillas y especialmente en Caldetas, donde pasamos juntos largas temporadas, interesados por su salud. Una mañana, celebrada la santa Misa, vimos llegar, en tren exprés, á D. Manuel Arnús, portador de la para nosotros alarmante noticia del repentino fallecimiento de don Antonio, su padre, ocurrido aquella noche. Si hubiera caído á nuestros pies un rayo, no nos hubiese aterrado más. Entonces, como antes y después, el duelo y la pena de esta familia eran mi pena y mi duelo; sus aficciones, mis aficciones, que sentía más que las propias. La salud de D. Claudio sufrió fuerte descenso, llegando á producir, entre las personas que le queríamos, el temor de que la muerte del padre podía ocasionar próxima ó remotamente la muerte del hijo. Para descansar una temporada de sus fatigas y de la enojosa carga que sobre él pesaba, fletó un *yacht* inglés apellidado *Vanadis*, en alas del cual, y en compañía de D. Manuel Arnús, de su hermana Montserrat y del que es actualmente su marido, D. Clemente Miralles, visitamos las ciudades españolas de Málaga y Cádiz, las africanas de Tánger, Argel y Constantina, y sobre todo la tumba del venerable Raimundo Lulio, en San Francisco de Palma, la cueva de Artá, Miramar y Valldemosa y otros joyeles de la incomparable Isla Dorada.

Es innecesario contarle todo. Yo seguía escribiendo, y mis pobres libros eran mejor recibidos de lo que merecían. Mas no siempre había de rezar los misterios de gloria: en

una casa donde había tantas penas (no las digo todas), alguna debía quedarme reservada exclusivamente, y ésta se me acercaba poco á poco, como un áspid entre las flores.

IV

J. M. J.

Nadie me confió en la casa López el cargo de limosnero, ni tal vez lo hubiera yo aceptado, no por temor á disgustos que me esperaban y había previsto, sino porque no me reconocía con el don de la paciencia, tiempo, incansabilidad y demás dones y virtudes que necesita un limosnero verdaderamente tal. Don Claudio, sintiéndose falto de fuerzas y de brío, y más agobiado de lo conveniente, encomendóme las familias que él socorría mensualmente, que no pasaban de veinticinco. Desde aquel momento vime asediado en todas partes por pobres y necesitados, en casa, en la calle, en el confesionario, por cartas, recomendaciones, aumentándose la lista hasta trescientas familias. Ofrecíanse cada día necesidades nuevas, exigiendo la justicia y la caridad no olvidar las antiguas; y no consintiéndome mi salud, que no era entonces buena, como lo es ahora, ir, venir y correr cual era necesario, solicité un auxiliar, que me fué concedido. Tres *ciríneos* tuve uno tras otro. Los dos primeros cansáronse de ayudarme á llevar la cruz, no por lo pesado de la carga, sino por las amarguras que ocasionaba. Como que la caridad es una virtud tan alta, Dios nuestro Señor espera premiar en la otra vida á los que la ejercitan y aquí en la tierra se complace en enviarles sufrimientos, injurias y oprobio. Yo, por otra parte, sería merecedor de ellos, pues pecador y miserable soy, y rara vez ó quizá nunca estaría á la altura que la divina caridad demanda. Vinieron sobre mí sufrimientos de todas clases, pequeños al principio, después mayores. No vale la pena contarlos todos, pero llegóme uno, hará tres años, que me hizo comprender que caería, si no había caído ya, del pedestal.

Los marqueses acortaban su estancia en Barcelona y prolongábanla en Madrid, donde arraigaban de día en día. Yo escribía á ambos con entera franqueza. Quisiera actualmente tener á mano mis papeles para insertar la copia que guardo de una carta dirigida á la marquesa, trazándola un cuadro poético de la hermosa misión que podía cumplir dándose á la vida de la caridad en cuanto fuese compatible con su posición. Hacíala una pintura de la triste situación de las clases pobres, tan engañadas por los que siembran el mal como agradecidas al que las ampara. Hacíala ver las malas yerbas de la anarquía y del socialismo que retoñaban y se extendían á diario cual mancha de aceite, amenazando invadirlo todo antes de poco y esterilizar el campo de los pobres con las ruinas de los palacios de los ricos.—V., que es joven y activa,—decíala,—hallaría en tal empresa el trabajo más digno de su juventud y de su actividad. Acaso Dios no le da hijos para que se convierta en madre de algún huérfano desamparado que perece en la miseria. Tal vez podría darle, con el nombre de madre, el de salvadora de su alma y de las de sus padres. Y como no hay mejor predicador que el buen ejemplo, el de V. despertaría, á no dudarlo, en sus amigas y conocidas, el deseo de seguirla y alistarse á tan simpática bandera. ¡Quién sabe el bien de que podría V. ser causa en este mundo!

Pocos días después de escrita esta carta, que, de no admitirse como consejo, podía aceptarse como fantasía digna de un poeta sacerdote, interpelóme el Padre Goberna diciendo: —¿Cómo es que V. aconseja á la Marquesa de Comillas que se separe de su esposo?—Neguésele en redondo, añadiendo que jamás semejante idea cruzó por mi mente; mas la mala especie había cundido por Barcelona. ¿Qué había sucedido? Sin duda no se había comprendido á aquella noble señora y se había colocado alguna espina en el ramillete que yo le había remitido. La cuerda se había roto por lo más delgado y ya no tenía compostura. Alguien á quien yo causaba estorbo habíase aprovechado de aquella coyuntura. Lo cierto es que desde aquel día sentíme empujado hacia la puerta por una mano invisible.

V

J. M. J.

De no haber desaparecido todo sentimiento caritativo para con este pobre ministro del Señor, que no había causado mal á nadie, no se me habría echado de la casa hasta un mes más tarde, en que, al salir los marqueses para Panticosa ó Comillas, solía irme también á un rincón de la montaña. Al pasar la puerta podía haberseme cerrado honestamente con cualquier motivo, sin entregarme atado é indefenso á la horrible voracidad de las malas lenguas y á las suposiciones siempre malévolas, y á menudo groseras, cuando de explicar una caída se trata. Mas, del propio modo que no se había tenido oídos para escucharme, ni piedad ni corazón al condenarme, no cabía esperar ni tener prudencia al aplicarme el castigo. ¿Acaso no estaba resuelta ya mi salida de la casa? ¿No habían de desaparecer de allí hasta las huellas de mi paso? Pues, vaya fuera quien cause estorbo; pronto, pronto; ahora mismo: mañana ¡librenos Dios! podría rehabilitarse y arraigar de nuevo. ¿No se ofrecerá, para realitarlo sin escándalo, ocasión propicia? Buena ó mala, se presentó, y si para mí tuvieron oídos de mercader, la ocasión no les encontró perezosos.

El señor Obispo de Vich había sido nombrado presidente de los Juegos Florales, y entre los que presurosos acudieron á votarle no faltaba, y bien acompañado por cierto, este su humilde capellán. Terminada la fiesta poética, fué invitado á comer en la casa López, en compañía del *capoulié del filibrige* D. Félix Gras. ¡Malos postres tuve! Después de dar gracias, muy llana, suave y amorosamente se me dijo que mi trabajo era excesivo; que me convenía el reposo, lejos del confesionario, del hospital y de los pobres y enfermos que me mareaban; que el señor Obispo me ofrecía aposento en su palacio de Vich, si era de mi gusto pasar allí un par de meses. No mostrándome muy propicio en aceptar la oferta de aquel descanso obligado, que por otra parte no me era

conveniente, dijéronmelo con más claridad, afirmando que me era á todas luces necesario, para reforzar mi anémico y debilitado cerebro, y que si á ello me compellían era de acuerdo con el parecer de sabios médicos y llevados del buen afecto que me profesaban. Quieras que no, de buen grado ó por fuerza, el señor Obispo arrancóme la promesa de que con él saldría en dirección á Vich en el tren de la tarde. Esto ocurría un jueves, y acordándome al día siguiente de que en la noche del sábado correspondía Vela al Santísimo en la capilla de la Sangre de la iglesia del Pino, solicité al señor Obispo una prórroga de dos días en el plazo convenido. Me la concedió liberalmente; mas D. Claudio creyó ver en mi piadoso compromiso asomos de desobediencia, y seguramente habríase opuesto á que lo cumpliera de no mediar una tarjeta del prelado diciendo que no me contrariara por cosa de tan poca monta, ya que el pecado no era grave. Y antes de despedirme de Barcelona, pude pasar una noche entre estimados amigos de Asociación, *assoleyantme* (1) en la presencia de Jesús sacramentado, alabado seapara siempre.

Cuando al día siguiente se me vió partir en dirección á Vich, con la maleta en la mano, solo, alcanzándome á duras penas el dinero para tomar billete de tercera, creyeron mis enemigos, yo ignoraba todavía que los tuviera, haber alcanzado un triunfo. Y ansiosamente se lanzaron tras de mí acusaciones é insultos para acreditar aquel adagio: *Del árbol caído todo el mundo hace leña*. Decían que me dejaba engañar tontamente; que iba á empobrecer la casa con tanta limosna; que con el importe de éstas, para mí cosa sagrada, sostenía gentes perdidas y de mal vivir; que me había aprovechado de las limosnas, retirándome por rico y con la maleta llena de billetes de Banco; que había tenido la osadía de leer los Santos Evangelios á algún enfermo (como aconseja el Ritual Romano) y que había llegado al punto de rezar los exorcismos (como si fuera pecaminoso un rezo que el Sumo

(1) Acción y efecto de tomar el sol.

Pontífice León XIII acababa de publicar); y, finalmente, que pretendía fundar una secta hija, ó cuando menos emparentada con el espiritismo. Uno de mis compañeros, que me debe su colocación, al advertir que sobre mí venía el pedrisco, volviómelo la espalda, pasándose con armas y bagajes á los acusadores. Con el nuevo atizador y leña nueva que se echó á la hoguera, llegué á ser tenido por un cura fanático y malo, y por un hereje digno de las llamas de la Inquisición. Si en aquel *tol-le, tol-le, crucifícadlo*, alguna persona de recto juicio y buen corazón quiso defenderme, ¿qué podía contestar? ¿Quería pruebas de mis delitos? El Marqués de Comillas, tan caritativo y tan bueno, había decretado mi destierro. ¿Quería pruebas de que mi cerebro estaba trastornado? Se me tenía á media clausura en el Santuario de *La Gleva*, donde estuve dos años, sordo y mudo, como si en realidad fuera culpable, reforzando así tan tristes argumentos y meditando las enseñanzas de la Providencia contenidas en los antiguos adagios, que parecen sentencias de la Sagrada Escritura: *A gran subida, gran bajada, y Quien más sube, de más alto cae. (De gran pujada, gran baxada, y Qui más alt puja, de més alt cau.)*

VI

J. M. J.

Ya en Vich, concediómelo el señor Obispo cierta libertad para volar y ponerme en el árbol que fuera de mi gusto. De su palacio volé á la casa de mis padres, en la que no hallé padres ni hermanos, y de allí á la ermita de mi cariñosa madre, la que lo es de todos y jamás morirá, la Virgen María de *La Gleva*. Dificilmente se hallaría mansión más encantadora y más á propósito, para un poeta sacerdote y vicense, que aquel santuario. Asentado en bellísima colina, cercana al Ter, que, cual plateada hoz, brilla á sus plantas, tiene á su derecha el verdor del Montseny y á su izquierda el Pirineo, cubierto casi todo el año por nivea capa, y en

frente una sierra menos elevada que, uniendo á uno y otro, resulta verde cerca de la plana. Más próximo veía mi pueblo y los campos que en mi adolescencia regué con el sudor de mi frente. Hallaba en la ermita el afecto de dos sacerdotes amigos; una escuela de niños, que constituían la escolanía del templo; vencejos y aviones que hacían su nido sobre mi ventana, y bandadas de poesías que anidaban, como mi corazón, á las plantas de la Sagrada Imagen. La gente tiene creencias, es afectuosa y sencilla. Al punto hallé un amigo en cada hogar, y en cada campo un maestro del lenguaje y de la poesía popular, que constituyen la mitad de mi patrimonio.

Era, pues, mi cárcel, amplia, espaciosa y placentera; mi destierro era florido y hermoso: cabalmente lo inauguraba en pleno mes de María, cuando la dedicaban los monaguillos sus deliciosos cánticos en el templo, y los ruiseñores sus himnos más inspirados en los ribereños prados. Pero, al fin y al cabo, era un destierro, y no había de hallarme entre satisfacción y dicha. Tras unos días, después de revolotear por aquellas tierras, de la ermita al río, del río al campo ó al robledal, con la inocencia del que bien obra, fúme á Barcelona en busca de algunos de mis libros y documentos, que me hacían falta.

D. Claudio, creyendo que recalaba en su casa huyendo del cautiverio, recibíome severamente, y sin dejarme explicar me dijo estas palabras, que son textuales:—*No vuelva Vd. á poner los pies en esta casa mientras duren las actuales circunstancias.*—Respondíle que me dispensara y que no tendría ocasión de repetírmelo; y, despidiéndome con *Quede Vd. con Dios*, subí por última vez á mi antiguo aposento para ordenar y encajonar todos mis libros, que no tardaron en acompañarme. Lástima que viviendo yo en la Gleva, como las golondrinas que allí veranean, siempre dispuestas á marcharse, no pude instalar mi biblioteca, que continúa encajonada en los bajos del palacio episcopal.

De vuelta en el Santuario, sacaba fuerzas de flaqueza para hacerme superior á la triste realidad que me oprimía; intentaba remontar mi vuelo al mundo de la piedad y de la